

Andrés Pérez, partida y legado

A comienzos de enero de este año, a los 50 años de edad, falleció Andrés Pérez, uno de los directores chilenos más populares y masivos que ha tenido el país. Su obra más conocida y que trascendió las fronteras nacionales fue *La negra Ester*, basada en un poemario de Roberto Parra, hermano de Nicanor y Violeta. Andrés Pérez Araya retornó a Chile en 1988, después de haber trabajado seis años en Francia con el Théâtre du Soleil, creado y dirigido por Ariane Mnouchkine. Su momento cumbre con este grupo lo tuvo gracias al papel protagónico de Ghandi en *La indiada* en 1987. A su regreso, Pérez había asimilado sorprendentemente bien las enseñanzas del grupo y concibió traspasarlas a *La negra Ester*. Allí, echó mano a formas expresivas del circo, del arte callejero, del mimo y la pantomima. Los músicos de la obra, por ejemplo, están todo el tiempo en escena y envuelven el espectáculo de ritmos vulgares – los bares del puerto – remitiéndose a un pasado nacional que despierta inmediatas resonancias entre el público. El escenario está levantado sobre la precariedad de materiales en desuso y el maquillaje marca obsesivamente los rasgos de los personajes, alejándose así de una propuesta de realismo psicológico que la puesta en escena trata de eludir. Técnicas parecidas continuó profundizando en obras como *El desquite* (1995), también sobre textos de Parra, *La consagración de la pobreza* (1995), basado en narraciones de Alfonso Alcalde, y *Nemesio, pelao, ¿qué es lo que te ha pasao?* (1999) de Cristián Soto.

En estos montajes, los escenarios se extendieron de manera vertical o se ampliaron hacia el fondo, los músicos siguieron estando en escena, se desplegaron actos acrobáticos o circenses y se consolidó en una robustecimiento del género melodramático como búsqueda de cierta mirada popular y de cierta chilenidad. Básicamente con estas obras – ya que en su producción hubo experimentos frustrados, como *Época 70. Allende* (1990) y *Chañarcillo* (2000), de Antonio Acevedo Hernández – Pérez consiguió entregar un concepto escénico, un mundo distinto y de leyes propias y originales que ampliaron su significación en la mayoría de los montajes posteriores. Pero al margen de los aspectos estéticos o propiamente teatrales, *La negra Ester*, estrenada en 1989, marcó en su momento un lugar de encuentro de lo nacional, cuando el país, una vez más, había dejado al descubierto que eran mayores los síntomas de división que los de unión. Más allá de que el espectáculo estuviera fundado en gestos y señales de una cultura nacional, invocaba un pasado lejano en el cual el espectador se podía reconocer,

a diferencia de la historia más reciente, que es apreciada de manera distinta. Y la obra demostraba que en ese pasado de hace 40 o 50 años había mucho del verdadero país: el eje histórico – o nacimiento de la patria – no se situaba necesariamente en 1973. Igualmente, sobre el escenario se veía que la identidad nacional no estaba forzosamente asociada a hazañas ni a discursos patrioterros, sino que brotaba de la vida cotidiana y vulgar de unos protagonistas marginales.

Incluso en la mayoría de las obras que Pérez dirigió el término *marginal* ni siquiera correspondía a la categoría intelectual de ciertas posturas sociológicas de moda: tenía que ver directamente con la picaresca criolla, los prostíbulos, con gente que habla mal, que carece de una ideología política trasparente, que es feliz y se ríe, y cuya estética es definitivamente rústica. *La negra Ester* reveló una suerte de espejo del país, una zona de la memoria colectiva nacional algo olvidada, aunque viva: la música, la entonación del decir, el movimiento, la gestualidad, los exagerados rasgos faciales, la vestimenta y los espacios están arraigados en una cultura chilena común a casi todas las clases sociales y niveles educacionales. Durante el espectáculo, además, se hace referencia a un trozo histórico alejado de las actuales contingencias: el terremoto del año 39, la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Lo que surgía de todo ello era un retrato popular, colorido, autónomo, y con un perfil nítido ante el cual todos se sentían de una u otra manera retratados.

De su amplia producción en los últimos doce años, es este universo teatral de cautivante magia lo que prevalecerá del director Andrés Pérez. Porque en el último período, arrastrado quizá por una compulsiva moda chilena actual, sus incursiones como “dramaturgo” no entregaron tan felices resultados. Su escritura y dirección de *La huída*, estrenada hace casi un año, demostró que su mundo estaba en la recuperación, exploración y proyección escénica de los signos trazados de antemano por otros autores o poetas, y no necesariamente en su propia escritura. Lo suyo era más un inolvidable teatro representado que la literatura dramática, y por ese legado se le recordará.

Juan Andrés Piña
Santiago de Chile